

L A U N I O N



**INTRODUCCION
A SU HISTORIA
Y A SU CANTE**

LA UNION

INTRODUCCION
A SU
HISTORIA
Y A SU CANTE

LA UNIÓN

INTRODUCCIÓN

A SU

HISTORIA

Y A SU AVANCE



PORTADA

La arquitectura funcional triunfa sobre el signo rumboso y nostálgico de la «belle époque». En este ensamblaje del pasado y el presente encuentra La Unión la apetecida fórmula que completa y no destruye, salvando así el riesgo de una bella pero inútil petrificación sentimental.

LA HISTORIA

Cabezo «Rajao» —Pozo Babelo de Polibio—. Su plata produjo a Roma, sólo por impuestos, hasta 20.000 dracmas al día.

MINERA Y "CANTAORA"

La Unión es antes que nada una ciudad distinta, insólita. Una impronta singular marca la hechura de su historia y la distingue del resto de los pueblos españoles. Cuando un día Ernesto Giménez Caballero visita La Unión ha de encontrarla "fuera del orden general de los pueblos de España". José María Pemán escribirá más tarde sobre un estilo "Oeste" dejando "su sello y su ritmo en estas tierras murcianas de La Unión". "Esqueleto de Far-West" llamó a La Unión César González-Ruano.

Minera y "cantaora", como un slogan proclama, situada La Unión a mitad de la sierra que ata Cartagena a Cabo de Palos —paleta de ocre, malvas, sienas—, sobre la piel de la ciudad puede crecer en todo instante la aventura que pone a punto de fábula cualquier acontecimiento.

Asomarse a la historia de la ciudad es salir al encuentro inmediato de dos etapas distantes, totalmente diferenciadas. La primera, inmersa en la Edad Antigua, va íntimamente ensamblada a la historia de Cartagena, pues tierra cartagenera resultaba ser entonces el suelo a cuyo lomo hoy se levanta La Unión. La segunda, ya en el XIX, segregada La Unión del término mu-

municipal de Cartagena, pecha con un tiempo de delirio y desde luego con una *catadura singular*, "sui géneris", que otorgará inmediatamente a la ciudad el apetecible título: "Nueva California".

POR EL MITO A LA VERDAD

Vayamos por partes: abriendo el primer período de su historia, pesa la leyenda del incendio de los montes de Cartagena, tan pavoroso y voraz que "hasta la tierra ardió", poniendo al descubierto "arroyos de plata".

Se suceden los hechos de relumbrón: presencia de las naves de Salomón —fray Leandro Soler así lo quiere—, cargando la plata que irá a enriquecer su templo. Aníbal, "amable y amado de todos", cosechando hasta 300 libras de plata diarias con destino a sus devaneos bélicos. Páginas de Polibio, con 40.000 hombres ocupados por Roma en el laboreo minero, del que sólo por impuestos llegó a percibir el Estado un beneficio diario de 20.000 dracmas...

Después, el salto al XIX. Con la promulgación por Fernando VII de la ley de protección minera, aparecen los primeros "partidarios" —aventureros de la mina—, que, al amor de la plata forman "partida". En 1842, el primer horno castellano ensaya el beneficio de las escorias romanas. En 1851 se trabaja en 230 minas que sostienen 45 fundiciones. En 1913 las exportaciones que se hacen por Cartagena arrojan exactamente 531.211 toneladas de mineral.

Fiebre de la plata. Inmigración de los grupos mineros andaluces con sus familias. En su "Suite flamenca", Arturo Pavón traza la viñeta musical del paso de las caravanas "por los caminos polvorientos y altas serranías". Fernández de la Torre co-

menta así la pintoresca estampa: "El desaliento se apodera muchas veces de los emigrantes. ¿Retroceder? ¿Volver a la mina andaluza, al hambre y a la miseria? El hombre se detiene, se sienta al borde del camino y seca el sudor de su rostro...".

Crece los poblados mineros: Herrerías, Portmán —el "Portus Magnus" de los romanos— el Garbanzal y Roche solicitan su segregación del término municipal de Cartagena. Se accede a la petición. En el Ayuntamiento de La Unión se conserva el documento en que se señala el Garbanzal como cabeza del nuevo municipio. Firma y rubrica P. de Victoria y Aumada. Corre el día de San Silvestre de 1859. La primera sesión del nuevo Ayuntamiento se celebra al día siguiente bajo la presidencia del alcalde don Antonio Sáez.

LAS VIEJAS RENCILLAS

No se hacen esperar los problemas planteados por supuestas supremacías: los del Garbanzal, tendiendo a conservar la capitalidad del municipio; los de Herrerías, insistiendo en una reconcentración de la vida municipal en su demarcación.

Tan graves los rencores y rencillas, que ha de interesarse de Prim la pronta intervención en una pacífica solución que llegue a borrar, de una vez para siempre, las espinosas diferencias. Prim envía a Milán de Boch a Herrerías. Milán de Boch convoca una reunión, a celebrar en la llamada Fábrica de los Morenos, a las más relevantes personalidades de ambas demarcaciones. En la misma, Milán de Boch propone, por borrar definitivamente todo signo de rivalidad, la fusión de Herrerías y el Garbanzal en una única villa, simbólicamente bautizada con el nombre de La Unión, más tarde ciudad por real decreto del 6 de febrero de 1887. Su emblema heráldico, pico, pala y lámpara

minera y, sobre cresta de montaña minera, un vuelo trajinero de abejas.

FOLKLORE

Herrerías, el Garbanzal. La Unión. Sus nombres entrarán en seguida en el reino de la copla:

*He nació en el Garbanzal,
trabajo en las Herrerías...*

Y luego:

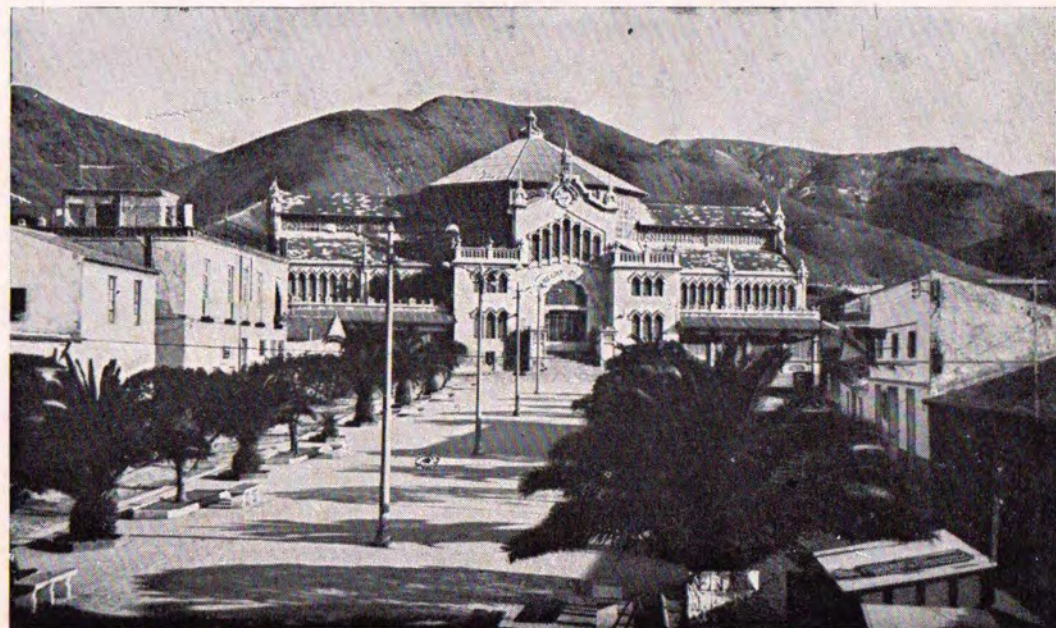
*Caminito de La Unión,
un arriero cantaba...*

Presencia del cante. Junto a él, otra modalidad entrañable del folklore de la tierra: el trovo, en la línea de las jotas de picadillo y los payadores argentinos. José María Marín poseyó sus llaves de oro:

*Cuando este Marín se acabe,
cuando este Marín se muera,
el mundo entero lo sabe:
que de la ciencia trovera
Marín se lleva la llave.*

Marín, que había nacido en La Palma, trabajó en las minas de Piñero, según consta en la letra de uno de sus trovos conservados:

*—¿Dónde trabajas, Marín?
—En las minas de Piñero.
—¿Tú trabajas mucho allí?
—Yo trabajo lo que quiero
porque nadie manda en mí.*



Del pasado esplendor urbano de la ciudad cabe destacar la pompa arquitectónica de la Plaza del Mercado, construída en 1907

Así, pájaro libre, indómito e inadaptado, Marín paseó por minas y tabernas, por caseríos que huelen a aceituna "partía" y a pan moreno, el tesoro de su arte popular, compartido en famas y memorias, con Castillo, el otro coloso de la minería, con "el Minero", con Gregorio Madrid, con Ambrosio Martínez...

"COMO GUITARRA SIN CUERDAS..."

A La Unión le surgió, de pronto —la otra cara de la moneda—, el sino dramático, la aventura con la muerte que acabara por introducir a La Unión, como a Yecla, su hermana, en la literatura.

A la mujer del minero
se le puede llamar viuda.
¡Qué amargo gana el dinero
quien se pasa el día entero
abriendo su sepultura!

Otra copla afirmaba:

Como guitarra sin cuerdas
se va quedando La Unión:
unos que mata la sierra,
otros que se lleva Dios.

Venciendo sin embargo, sobre la muerte, sobre la austera vertiente laboral, sobrenada el otro costado brillante y jaranero de la "Nueva California": el café cantante, el "partidario" enriquecido, la cupletista, los billetes de Banco quemados por encender un buen habano, el palacete diseñado por Eiffel, las procesiones de Semana Santa... Al fin, la concesión que otorga a La Unión el título de "mejor consumidora nacional de coñac por habitante".

El zarpazo de la crisis luego, inesperadamente. Porque la cara del auge minero tuvo su envés de trágica desventura. Andrés Cegarra Salcedo, el gran escritor unionense, apunta en su libro "La Unión, ciudad minera" las causas, unas permanentes y otras accidentales, de la decadencia unionense: gravámenes que sobre la industria minera pesaban, problemas de arriendos y subarriendos, depreciación de los minerales, mezquindad en los procedimientos de explotación, carencia de industrias complementarias y derivadas... Antes, Andrés ha dejado sus hermosas prosas que cantan su paisaje. Desde su sillón de paralítico traza el brochazo exaltador de la riqueza minera de su tierra: "He aquí las bellísimas piedras de sulfuro de hierro con sus lentejuelas que parecen de oro puro, los óxidos ferrosos y férricos con sus variadas coloraciones, los verdosos cristales cúpricos, las rojizas calaminas, las tierras estagníferas, las azuladas blendas, la acerada galena de plomo y plata...". Y en seguida, la acongojada protesta: "¿Cómo se compagina un pueblo en ruinas cimentado sobre una tierra que tales riquezas guarda?"

LA DIASPORA

Una copla, acaso la ms trágica del cancionero unionense, se prende un día al labio del minero:

Vierte sangre el corazón,
viendo con vergüenza y pena
mendigar en Cartagena
los mineros de La Unión.

La diáspora, al fin. El éxodo hacia tierras menos inmisericordes. Son los días en que La Unión comienza a ser ciudad fantasma con casas derribadas para malvender sus materiales, con sus jardines municipales ganados por la yedra y el polvo, con aceras desmoronadas, bordeadas de hierba; con faroles de rajadas tulipas, apagados...

El largo, desolador paréntesis habrá de enlazar, luego, a partir de 1942, en que el estaño vuelve a adquirir nueva demanda, un nuevo período de esplendor en que el tratamiento del mineral por el sistema de flotación diferencial llegará a la obtención total del contenido metálico utilizable, y en el que, contra el negro recuerdo de los viejos procedimientos de trabajo, con el riesgo mortal acechando en pozos y galerías, se levanta un sorprendente cambio de escenografía laboral, con ascensores eléctricos, lámparas de pila seca, señales de seguridad y —más tarde— aparatos adaptadores para ser utilizados como inyección para evitar el polvo, tantas veces mortal —silicosis— de las perforaciones.

TIEMPO DE ESPERANZA

Hoy La Unión se asoma alegremente a su presente. ¡Qué voluntad de milagro la de sus hombres para que La Unión vuelva a ser, al fin, algo más que un hermoso recuerdo literario y sentimental! Cabe, a la sombra de la nostalgia, el nuevo trazo urbano, el árbol recién estrenado, la fuente, el aula, el parque, el hormigón... Andar y ver. Viviendas funcionales vencen en competencia con la vieja pompa del "art nouveau". Las torres de cemento empiezan a ganarle en estructura a las de las iglesias. En la del Rosario, sonríe y vela la Virgen de este nombre, morena celestial, Señora y Reina de La Unión. Junto a Ella, al pie del Cristo de los Mineros, arde simbólicamente la "lámpara minera" —máximo trofeo del Festival Nacional del Cante de las Minas—, ofrecida a la imagen como exvoto.

Soy minero temerario
y con orgullo sincero
llevo al pecho un relicario
con la Virgen del Rosario
y el Cristo de los Mineros.

Decíamos: alcanzando el perfil de la nueva ciudad, diríase que la profecía del viejo trovero ha llegado a cristalizar en una realidad viva y jubilosa:

*Ya trabajarán las minas
y tendrá pan el minero;
aquí no hallará el viajero
solamente golondrinas.*

Vale la pena ir ganándole terreno al pasado, por muy deslumbrador que llegue a resultar, para cosechar este pequeño presente de un tiempo duro, exigente, terriblemente exigente, pero hermoso e iluminado como un amanecer. Tiempo de esperanza.



EL CANTE

«Cantera Emilia» —explotación a cielo abierto—. Un nombre de mujer bautiza a una de las más bellas perspectivas del paisaje unionense.

ESO SOLO IMPORTA

¿Y qué importa que el minero cante hoy o deje de cantar, que el ojo miope y malintencionado no sepa distinguir la quin-calla barata de la verdad del cante, que los soles eléctricos de un escenario o las estrías de un "long-play" desnuden de sus siete velos a la copla que un día naciera sólo para ser cantada como misterio de dolor en la soledad de la mina o en la intimidad de la taberna, compartida con el amigo del alma y el vino peleón?

Importa contar con el tesoro que los hombres de La Unión legaron a su ciudad, importa que la copla esté en pie, crepitante como una dramática llama colorada, viva como un pequeño animal en celo. Eso sólo importa.

A La Unión, esquina minera por la que Murcia maneja la gracia de ofrecer al mundo uno de los más hermosos cantes inventados por los hombres del pueblo, no le quedaba más opción que decirle a la copla "usted descanse en paz" o agarrarle al cante las solapas para que no se fuera que sí que se iba. ¡Vaya que si se iba! Porque día hubo, no excesivamente lejano, en que en La Unión cada guitarra, sellada su boca por el polvo o la tela-

raña, mantenía una decisiva intención de atáúd. Los cabales que se llevaban a la boca el tercio de una "minera", una "taranta" o una "cartagenera" mismamente como si se tratara de un fruto en sazón, habían remitido la afición al oropel y la charanga, al flamenquismo de segunda mano con faralaes de percal y funciones de tarde y noche.

¿Dónde las famas mayores con que un día se coronara La Unión? Vaya usted a saber. Lo cierto era que a Murcia se le había escapado una importante faceta de su folklore, hermana legítima de las parrandas, de las campanas de auroros, de los autos de Reyes Magos... Por eso es de suponer que cuando Esteban Bernal, alcalde de La Unión por aquel entonces, firmó la primera convocatoria de los festivales del cante de las minas, intuiera que, a la vez que salvaba el cante, entroncaba a La Unión con sus más nobles y lúcidas claves.

Llebadme a La Unión volando,
daos prisa, tartaneros...

Versos que Marquerie escribió para convocar al oído a la resurrección de la copla. A salvo, el cante, de nuevo llaga viva, pájaro en vuelo de muchos cielos, puesto de pie en La Unión sobre un tablado donde el negocio es derrotado por el rito y en el que hoy la ciudad murciana sigue enseñando al mundo que, sobre muchos falsos relumbrones a los que el hombre actual se siente atádo, una copla bien cantada vale todo el oro del Perú y que no es bueno tragarse lo que al corazón le pasa por dentro. ¡Ay, si a todos nos fuera dada, como al "cantaor", la merced de echar fuera el oscuro dolor nuestro de cada día, enredado en los versos de una copla!

Bueno resultará, de cualquier suerte, acercarse cada agosto al pozo donde el cante continúa ofreciendo su agua samaritana, herencia de unos hombres cuya manera de entender la vida hizo



posible el lema que, de algún modo, desde Roma, que de esta tierra tanto se llevó dejándonos tan poco, hasta nuestros días, ha venido sellando el estilo de la ciudad que el cante de las minas toma por cuna: "cambiar todo por nada", que en el fondo, si bien se mira, no deja de constituir una rumbosa fórmula de poseerlo todo.

CANTE DE LAS MINAS

Nace el cante de las minas como auténtica necesidad biológica, mitad provocada por el "reencuentro del hombre con el cosmos, con la raíz nutricia de la tierra, en las profundidades de los pozos", mitad como "desahogo obligado por las circunstancias y motivaciones de una opresión —escribe José Blas Vega—, de una injusticia, de una dubitación social: la explotación del hombre por el hombre...".

En su "Geografía del cante jondo", Domingo Manfredi Canos cuenta: "El minero clásico, viviendo siempre en el fondo de los pozos, ajeno a si la luz del día llegaba o se iba, inmerso de continuo en una oscuridad absoluta, dura como la piedra para dejarse romper por los faroles de petróleo o de carburo, no podía crear un cante alegre, festivo y jacarandoso, como las caleseras, por ejemplo, creadas por los mayores de las diligencias, o las trilleras, por los labriegos que corrían sobre las eras en sus trillos... La caña, el polo y la serrana, cuando se vieron en el fondo de las minas se convirtieron en tarantas y cartagenas...".

SACRA TRINIDAD DEL CANTE DE LAS MINAS

Cristóbal Páez, en su pregón pronunciado en La Unión con motivo del IX Festival Nacional del Cante de las Minas, afir-

Templo del Rosario. En su interior —tres naves, crucero, girola y dieciséis capillas— vela la Patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosario, "la bien cantada en coplas».

mó: "Si España es diferente, también La Unión es diferente, porque a la hora de hacerse notar, ha eludido la tentación de montar una farsa... Ha construido con materiales sencillos, casi pobres de solemnidad, la Capilla Sixtina del cante jondo, el templo más auténtico y popular que jamás se había dedicado a la sacra trinidad de la minera, la tartana y la cartagenera".

Acercarse a La Unión en los días de su certamen supone la apasionada participación en un rito "jondo" en el que no hay sitio para el fraude o la mistificación. Puro el cante, pura la entrega del hombre que lo interpreta. Copla de la mina, inmarcesible y fresca todavía, y siempre. Pasándola antes por el corazón, hasta sus labios la llevaron el Rojo el Alpargatero, Conchita la Peñaranda, Chilares, Paco el Herrero, Ramón el Peluca, Enrique el de los Vidales, Pechinela, Juan el Albañil, el Pajarito, Emilia Benito... Aquella era la época dorada de la copla, del café cantante cuyo tablado fue su trono: "El Tranvía"; "La Puñalá", "El Triánón", "El Gato Negro"... en Cartagena. En La Unión, el de "José María", el de "la Aurora", el de "las Bombas", el del "Rojo el Alpargatero"...

LA "MINERA"

En un concurso de letras para el cante minero obtuvo premio la firmada por González Sola:

La "minera" es oración,
es dolor y es alegría;
hay que cantarla en La Unión,
abriendo una galería.

Cabal definición. En su "Cante flamenco", su obra póstuma, Julián Pemartín escribe: "Dentro del grupo del cante de las minas, las "mineras" representan el "cante" propio del municipi-

pio murciano de La Unión, y acaso en sus formas más antiguas y características. Debieron aparecer a mediados del siglo XIX, derivados de los fandangos locales". "La minera, como todos los cantes de la sierra, se apoyaba y nutría con el decir del trovo" (Pedro Pedreño).

Manfredi Cano elige como "minera" más característica la que a continuación se reseña, patrón de varias versiones posteriores:

No se espante usted, señora,
que es un minero quien canta.
Con el "jumo" de las minas
tiene ronca la garganta".

"Cante de hombres solos" calificó Chacón a la "minera".

De boca de su padre, el Rojo el Alpargatero, verdadero pontífice del cante de las minas, la aprendió don Antonio Grau, de decisiva presencia en los festivales unionenses.

"LA CARTAGENERA"

"A final del siglo pasado y principios del presente, empezaron a llegar a lo que luego ha sido el núcleo minero de La Unión, una serie de hombres arriesgados, con la reata de mujer e hijos, cegados por el emporio de la mina virgen...". Lo escribe el mencionado Manfredi Cano quien añade: "El poblado de La Unión creció al amparo de las minas de plomo y hierro hasta que en 1924 declinó su estrella... Aquellos hombres vencidos, sentados en la sombra larga de la anchura de una fosa, que les prestaba la soledad de las chimeneas que guarecían nidos de pajarraeos, habían sido, en los tiempos heroicos de las minas, los creadores de un cante fabuloso: la cartagenera".

En la calle de Canales
se me perdió mi sombrero.
¡Quién se lo vino a encontrar!
El Rojo el Alpargatero
y no me lo quiere dar.

“En el fondo de su dolorida queja late una tenue luminosidad, una esperanzadora claridad”, dice Andrade de Silva que sitúa a la “cartagenera” entre la “malagueña” y la “taranta”. Su melo es “mucho más lineal y diatónico que la taranta —añade—, y por ello no produce tan exacerbada tirantez expresiva”.

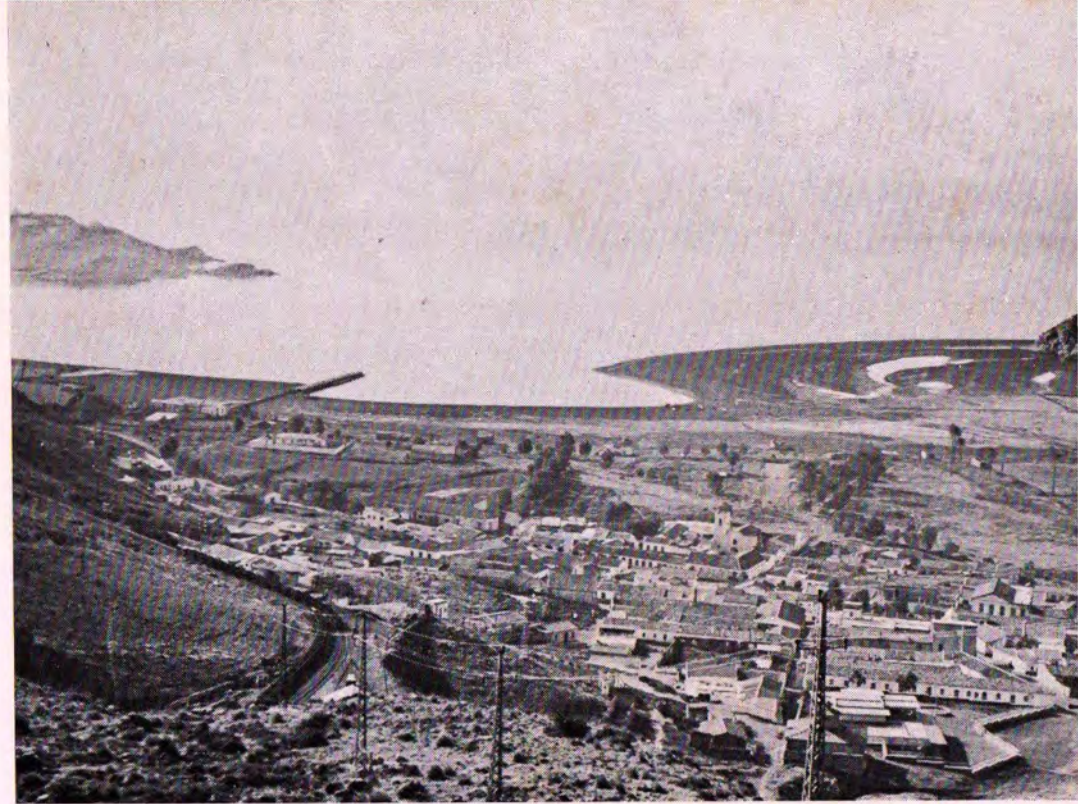
Sin abandonar su marchamo auténticamente minero, a la “cartagenera” se le cuele el viento en libertad del campo con el hinojo y la pita, el vuelo de los molinos de ocho pañuelos, el tintineo de las recuas, la frescura del cercano mar, tendido en el horizonte...

“LA TARANTA”

“Cante largo, duro, áspero y viril, sin más influencias en sus génesis que las del fandango”. (Andrade de Silva). En su “Mundo y formas del cante flamenco” Ricardo Molina y Antonio Mairena afirman que es muy probable que las tarantas se cantasen desde el siglo XVIII... Ahora bien, originariamente no fue un cante flamenco”. Pemartín diferencia la taranta del taranto en que el “toque” de éste sigue una métrica musical binaria, “en tanto que el de la taranta es de compás ternario”.

Letra de taranta escogida por Molina y Mairena:

Quiéreme que traigo capa
y sombrero a lo lorquino,



camisa con cinco tapas,
pantalón de paño fino
y "botonaura" de plata.

FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

Sobre este abanico de tres aires —"minera", "cartagenera" y "taranta"—, el cante le levanta cada año a la ciudad, desde 1961, su mejor y más noble monumento: su Festival. Vaya aquí una brevisima síntesis de sus —hasta hoy— once versiones.

I. Terraza del Moderno, 13 de octubre de 1961. Ganador: Antonio Piñana, "cantaor" que merece más tarde el Premio Nacional de Flamenco, en su modalidad de Enseñanza, otorgado por la Cátedra de Flamencología de Jerez.

II. 11 de octubre de 1962. A partir de esta fecha el Festival encuentra su definitivo marco en los Jardines Mery, ubicados precisamente sobre el solar de la calle de la Uva en que un día se levantara la casa de Emilia Benito Ganador: Enrique Orozco.

III. 24 y 25 de agosto de 1963. El Festival va hallando eco entre las grandes figuras de la flamenquería nacional: Fosforito, Jacinto Almadén —colaboración extraordinaria en varios Festivales, hasta su muerte—, Canalejas del Puerto Real, etcétera. Entre los catorce finalistas, Canalejas obtiene la "Lámpara" minera".

IV. 22 y 23 de agosto de 1964. Ganador: Eleuterio Andreu, minero de La Unión.

V. 21 y 22 de agosto de 1965. El Festival se "intelectualiza". Entre los asistentes, invitado de honor, Camilo José Cela. Angel Roca improvisa en su lucha trovera con Pedro Cantares:

La Unión se asoma al mar por Portmán. Suavizando la austeridad del paisaje minero, los azules mediterráneos mantienen todavía, aunque bastante menguada, la vocación marinera del viejo Portus Magnus de Roma.

*Tus versos son regulares,
Viendo un ave que no vuela,
¿qué va a pensar de Cantares
don Camilo José Cela?*

Ganador: Pencho Cros.

VI. 19, 20, 21 y 22 de agosto de 1966. Inclusión del Festival en el Plan Nacional de Festivales de España, del Ministerio de Información y Turismo. Por primera vez es interpretado el himno-marcha del Festival, titulado "Canta, minero" del unionense Ramón Perelló y el maestro Montorio. Arturo Pavón estrena su "Cantan los mineros", estampa musical perteneciente a la "Suite flamenca". Ganador: Antonio de Canillas.

VII. 18, 19 y 20 de agosto de 1967. Preside el Director General de Información, señor Robles Piquer. Ganador: Juan Castro, "el Peti".

VIII. 15, 16, 17 y 18 de agosto de 1968. Pregón literario: Salvador Jiménez. Ganador: Miguel Caparrós. En este año se celebra la primera sesión de los llamados "Cantes con cuchara" dirigidos por Manuel Adorna. Por estas sesiones de cante, "ejemplo que debería ser puesto en práctica en todas las ciudades andaluzas" —"La Estafeta Literaria"—, La Unión obtiene más tarde el Premio Nacional de Enseñanza Flamenca.

IX. 14, 15, 16 y 17 de agosto de 1969. Pregón literario: Cristóbal Páez. Ganador: Antonio Ferrer.

X. 14, 15 y 16 de agosto de 1970. Ganador: Antonio Rodríguez, "Morenito de Levante". Una "gala" extraordinaria reúne a los primeros premios de las diez versiones del Festival. Por vez primera, en el templo de Nuestra Señora del Rosario, se celebra la primera "misa minera". El Festival obtiene el "Laurel de Murcia".

XI. 13, 14 y 15 de agosto de 1971. Pregón literario: Jaime Campmany. Ganador: Juan Jiménez, "Maçareno de Cartagena"

Hasta aquí el dato, el esquema exento de flecos y adjetivos. Poco para lo que el Festival demanda, apenas nada para el esfuerzo de unos hombres que un día, entendiéndolo que el prestigio de una ciudad no sólo radica en el tendido de una red de alumbrado o en la conducción de las aguas residuales a las cloacas, supieron escuchar y atender la voz del cante minero, que es tanto como decir la voz de La Unión, la resonancia más lúcida y fragante de su propia alma. Por razones de espacio, salta a la vista que aquí no cabe la historia del Festival. De cualquier modo, su espíritu, su peso, su aire acabarían escapándose siempre del papel de los libros. Basta por ahora con que la copla siga en pie, con que el cante de La Unión busque y encuentre cada año, sus ecos en el corazón de España. El Festival que un día hiciera posible la entrega generosa de Esteban Bernal encuentra hoy en la capacidad, vocación y juventud de Antonio Sánchez Pérez su mejor línea de continuidad, haciendo vigente, una vez más, aquellos versos de Salvador Jiménez:

*Arrímate, corazón;
acércate, compañero,
que está cantando La Unión
en la voz de sus mineros.*

AGOSTO, 1972



El Festival «jondo» convierte a La Unión, durante unos días al año, en médula y cogollo de una de las más entrañables facetas del folklore nacional: el cante de los mineros

EDICION:

Excmo. Ayuntamiento de La Unión

DIRECCION Y TEXTOS:

Asensio Sáez

FOTOGRAFIAS:

Díaz y García

IMPRESION:

Aranda, La Unión

EXPOSICIÓN
EXPOSICIÓN AVANCE DE LA UNIÓN

EXPOSICIÓN Y EXPOSICIÓN
EXPOSICIÓN

EXPOSICIÓN
EXPOSICIÓN

EXPOSICIÓN
EXPOSICIÓN